

bres y usos del país y ganarse el afecto de los habitantes.

No menos hábil y afortunado en su empresa que los anteriores fué otro magnate territorial, sobrino de Dándolo, el caballero veneciano Marcos Sanuto. Había sido alcalde ó juez de la colonia veneciana en Constantinopla, donde había reunido, á excitación del gobierno de la república, en 1206, un número de nobles italianos, arrojados y deseosos de aventuras productivas, con los cuales se embarcó para conquistar las islas del Mar Egeo. Aquel mismo año apoderóse de 17 islas, y al año siguiente ocupó la opulenta Naxos, donde estableció su residencia, repartiendo las otras entre sus caballeros á título de feudos. Este nuevo Estado y los dos anteriores fueron los tres mas sólidos que los conquistadores occidentales fundaron en territorio griego, y cuyos soberanos eran á la vez los vasallos mas fieles al trono imperial franco de Constantinopla. Estos y muchos otros tomaron parte en el parlamento de Ravenica en el año 1210 y renovaron al emperador su pleito homenaje. Sanuto fué agraciado con el título de duque de Dodecaneso y con la soberanía sobre todo el archipiélago griego.

El emperador Enrique pudo, pues, considerar satisfactorio el resultado de su expedición en lo relativo á los asuntos políticos, pero en los eclesiásticos la introducción del culto latino había creado una confusión tan grande, especialmente en el reino de Tesalia, que hubo necesidad de contentarse con un arreglo interino, sancionado por el papa en 21 de diciembre de 1210. Este arreglo conciliaba mas ó menos las pretensiones de la Iglesia y las secularizaciones consumadas por los poderes civiles; garantizaba al patriarca de Constantinopla, como delegado del papa, sus derechos especiales; eximia á todas las iglesias y conventos de servidumbres y gabelas; y en cambio obligaba al clero griego y latino á pagar la contribución territorial al gobierno bizantino por los feudos que poseían, y á los hijos no ordenados de los sacerdotes griegos á prestar los servicios debidos al señor del territorio.

El empeño de someter desde luego la Iglesia griega á la autoridad del papa creó ya por sí solo un abismo entre el pueblo bizantino y sus dueños occidentales; mas para mayor confusión la sede romana nombró arzobispos latinos que jamás pudieron entenderse con sus sufragáneos y dependientes eclesiásticos y civiles griegos, y para colmo de complicaciones los conquistadores francos se apoderaron de todos los bienes eclesiásticos que luego se disputaron los magnates y señores territoriales, los caballeros templarios y los de San Juan, y los prelados nuevos del culto romano, dando lugar entre todos ellos á innumerables conflictos odiosísimos. Hasta los conventos del Monte Atos, que desde la invasión de los cruzados se habían puesto como antes bajo la protección inmediata del emperador, habían sido saqueados y despojados de sus bienes por los barones feudales establecidos en Grecia, durante el conflicto entre el emperador Enrique y Biandrate; y estos y otros establecimientos reclamaban los bienes de que les habían despojado los señores en cuyos territorios radicaban, y el diezmo que nadie les quería pagar. Todo esto hacía la posición del emperador Enrique muy difícil, porque no había otro medio hábil de arreglarlo, siquiera medianamente, sino el citado compromiso con la Santa Sede del 27 de diciembre del año 1210. Sin embargo, este convenio dejó al emperador mas tiempo y libertad de movimientos para dirigir su energía juvenil á vencer otras dificultades mayores y que se reproducían sin cesar. Había desaparecido de la escena el feroz czar búlgaro; pero quedaba Teodoro Láscaris que no desperdiciaba circunstancia alguna que pudiera utilizar para impedir la consolidación del poder de los occidentales en el territorio bizantino, cuyos habitantes esta-

ban siempre prontos á cooperar á todo cuanto podía perjudicar á los odiados extranjeros.

Durante el armisticio, Láscaris, á ejemplo del emperador Enrique, había aumentado también su poder. Cuando el armisticio concluyó en el verano del año 1209, admitido había Enrique una alianza con el sultán de Iconio que acababa entonces de firmar un tratado de comercio con la república de Venecia; pero esto no impidió que Láscaris pasara de la defensiva á la ofensiva y derrotara é hiciera prisionero á fines del mismo año al terrible Pedro Bracheuil que murió miserablemente á manos de los bizantinos furiosos. Láscaris trabajó también para atacar á Constantinopla por mar, y ocupar las fuerzas de Enrique por tierra por medio de sus aliados en la península balcánica, los príncipes Miguel de Epiro, Strez ó Stresa de Prosek y el rey búlgaro Boris; pero los francos, con el auxilio del versátil Miguel Angel Comneno, destruyeron la hueste de Stresa en mayo de 1211 en Pelagonia. Poco después murió Stresa en una expedición contra los servios á manos de su propia gente.

En 1210 el sultán de Iconio y Alejo III emprendieron la lucha contra Teodoro Láscaris; pero este entonces había reforzado su ejército con unos 800 aventureros francos atraídos por sus liberalidades; y á principios del verano de 1211 en una batalla mortífera, bien que á costa de grandes pérdidas, pudo derrotar completamente á los turcos, que habían atacado á Antioquía, á orillas del Meandro. Teodoro mismo mató al sultán en la pelea; Alejo III y el príncipe Manuel fueron hechos prisioneros; el primero fué obligado á hacerse monje en el convento de San Jacinto de Nicea, donde permaneció hasta su muerte; Miguel murió en 1212 y el hijo y sucesor del sultán, Azedin Caicans I, tuvo que ceder á los bizantinos en el tratado de paz una gran extensión de la costa asiática.

Con esto se aumentó tan considerablemente el poder de Láscaris, que decidió echarse con todas sus fuerzas sobre los invasores occidentales; pero el emperador Enrique se trasladó con gran número de combatientes al Asia para salvar á Pegas, y en todas partes cedieron los bizantinos á su terrible empuje. Al fin exasperados de las depreaciones y exacciones de los francos, indujeron á Láscaris á arriesgar, contra su voluntad, una batalla campal que ocurrió en 15 de octubre de 1211 á orillas del Luparco, y que acabó en una gran derrota de los bizantinos. Esta derrota unida á otra que sufrieron los búlgaros en Europa, facilitó al emperador Enrique el avance en 1212 por el Asia Menor hasta mas allá de Pérgamo hácia Ninfea. En Lentiana encontró una resistencia tan tenaz que perdió cuarenta días delante de esta plaza fuerte, en cuyo tiempo estrechó Láscaris á David Comneno en el Norte, dejándole reducido al principado de Sínope entre el cabo Carambis y el río Halis. Enrique tomó á Lentiana; hizo decapitar á los jefes de la guarnición, probablemente para vengar la muerte de Bracheuil, y después aceptó los ofrecimientos de paz que le hizo su adversario. Los francos se quedaron con la Bitinia, y un territorio considerable desde los Dardanelos hasta Camina (Cane) y Calamos; cuyo gobierno encargaron á un bizantino llamado Jorge Teofilópulo, conservando solamente en Pegas una guarnición franca.

Con esta paz no quedó resuelto el problema de la resurrección del imperio bizantino; porque el poder del emperador franco era muy grande y tanto mas temible cuanto que podía en adelante trabajar energicamente en su consolidación, aunque lo mismo hiciera Láscaris, no siempre con éxito como cuando creyó tener de su parte el Epiro. Un hermano de Miguel Angel Comneno, príncipe soberano del Epiro, llamado Teodoro, había vivido largo tiempo en la corte de Láscaris y jurado á este solemnemente fidelidad perpetua

cualesquiera que fueran los sucesos que sobreviniesen. Su hermano Miguel le nombró después gobernador de Corinto, cuando heredó en 1208 esta importante plaza de Sguros, y cuando Miguel murió en 1214 en Berat asesinado por un criado suyo y solo dejó un hijo de menor edad, apoderóse el tío del gobierno de Epiro, y desde entonces no pensó ya siquiera en cumplir su juramento.

Si Láscaris se llevó chasco con Teodoro Angelos, no sucedió lo mismo con su chambelán mayor, Juan Ducas Vataces, natural de Didimoteo, al cual casó en 1212 con su hija Irene.

Juan Ducas, tan excelente general como buen gobernante y hombre de Estado, se dedicó completamente al servicio de su suegro, prestandole inapreciables servicios en la guerra con los turcos de Iconio cuyo sultán Caicans, hombre jóven, ambicioso y de grandes dotes, ardía en deseos de vengar la derrota y muerte de su predecesor. Este sultán de Iconio era amigo de los occidentales y muchos de ellos servían en sus filas. No tuvo éxito en sus empresas contra Láscaris, pero venció en cambio á los dos hermanos Comnenos quitándoles en 1214 la capital Sínope en cuya defensa murió David. Alejo, hermano de este último, rechazó victoriosamente con el auxilio de las tropas georgianas todos los ataques de los turcos á Trebisonda; mas para conservar esta opulenta plaza mercantil, columna de su Estado, tuvo que reconocerse tributario del sultán y obligarse á auxiliarse en caso necesario con contingentes armados. Su territorio quedó limitado á la costa del Mar Negro comprendida entre los ríos Termodonte y Fasis, de suerte que cesó de ser peligroso á Láscaris, el cual fué aumentando paso á paso su poder. Así cuando el audaz Marcos Sanuto, duque de Dodecaneso, dirigió sus armas contra Esmirna en la costa asiática, Láscaris le derrotó por mar, le hizo prisionero y le condujo á Nicea. Allí sin embargo Sanuto supo hacerse tan simpático á Teodoro Láscaris, que éste no solamente le dió libertad, en cambio de la isla de Amorgo y de los territorios que había conquistado en la costa asiática, sino que, según la antigua práctica bizantina, le dió por esposa una jóven de su parentela. Todas estas ventajas eran secundarias para Teodoro Láscaris, porque apenas influían en la situación general; solo á la muerte de su rival el poderoso Enrique, que falleció el 11 de julio de 1216 á la edad de 39 años en Salónica, pudo respirar Láscaris y tener confianza en el buen éxito de su heroica empresa. Hasta entonces sirvióle de mucho la amistad del príncipe armenio Rupen con cuya hija Felipa se había casado al enviudar de su primera esposa Ana Angelos. Felipa le dió un hijo en 1214.

Con bastante buen éxito se había esforzado el emperador Enrique por reconciliar al pueblo bizantino con su gobierno, mostrándose afable y tolerante con los antiguos usos y costumbres, y buscando medios de aminorar la opresión eclesiástica romana; tarea siempre difícil y mucho mas cuando llegó á Constantinopla en 1213 el cardenal obispo Pelagio como legado del papa para realizar definitivamente la fusión de las dos Iglesias, y empleó la fuerza bruta para obligar á los bizantinos y á su clero á reconocer la supremacía del Pontífice de Roma. Mucho consiguió el emperador en favor de sus súbditos que se lo agradecieron sinceramente.

Tampoco descuidó valerse de la costumbre, entonces corriente, de consolidar su posición entrando en parentesco por medio de lazos matrimoniales con la familia ó potencia mas influyente y poderosa, tan luego como se presentó la ocasión favorable.

La subida al trono de Epiro de Teodoro Angelos resultó ser un suceso nada favorable á los Estados creados por los occidentales sobre las ruinas del imperio bizantino. El inte-

ligente y enérgico Teodoro se reveló desde el primer instante como adversario acérrimo y decidido de todos los magnates francos. Con un ejército numeroso formado principalmente de albaneses aguerridos é indómitos, y de válicos feroces y montaraces, empezó á extender su dominio hácia el Norte y Nordeste, apoderándose en poco tiempo de Acrida, Prilep y Pelagonia. Después atrajo á su partido al príncipe Slav de Melenicon, y con esta alianza pudo amenazar simultáneamente al Estado del emperador Enrique, á la Romanía, ó sea la Tracia, y al reino de Tesalia. En esta situación crítica resolvió Enrique ponerse en relaciones amistosas con los búlgaros, cuyo czar Boris II no deseaba otra cosa, porque se veía amenazado por los otros sobrinos de su predecesor que con el auxilio de los rusos se preparaban á expulsarlo de su reino usurpado. A este peligro agregábase el odio de la secta de los bogomiles, entonces muy poderosa en la Bosnia, en Filipópolis, en Constantinopla y sobre todo en la misma Bulgaria, secta á la cual Boris perseguía cruelmente obedeciendo á la resolución tomada en 1211 por un sínodo ortodoxo reunido en Tirnova probablemente á instigación de la curia romana. El emperador Enrique, entonces viudo, creyó en estas circunstancias hacer un buen negocio casándose en segundas nupcias con la hija del czar, la princesa María; pero las esperanzas que las dos cortes habían fundado sobre este matrimonio no se realizaron; porque el conde de Biandrate se había entendido con el marqués Guillermo de Montferrato, hijo también del difunto rey Bonifacio de Tesalia, pero de su primer matrimonio, y de consiguiente hermanastro del jóven rey Demetrio, para suplantarlo á este en el trono de Tesalia. Para salvar los derechos del heredero legítimo y de su madre marchó el emperador á Salónica, donde murió, probablemente de muerte violenta por culpa del intrigante Biandrate en 11 de junio de 1216. Con este héroe, celebrado por los mismos bizantinos como otro dios Marte, se sepultó la última esperanza de consolidar en territorio bizantino un imperio franco.

CAPITULO II

RECOMPOSICION DEL IMPERIO BIZANTINO

Muerto el emperador Enrique, pasaron todavía 45 años antes de que el antiguo pendón bizantino volviera á ondear en las almenas de Constantinopla. Quedaron cuatro potencias demasiado fuertes para permitir que Teodoro Láscaris condujera sus tropas victoriosas á la antigua capital del imperio; potencias cada una de las cuales procuraba extender su dominación por las dilatadas provincias situadas entre el Mar Negro y las costas de Mesenia. Una de estas potencias era la Bulgaria, donde el príncipe Juan Asen II había vencido y luego dejado ciego al czar usurpador Boris en 1218. Juan Asen subió al trono y le ocupó dignamente hasta el año 1241. La segunda potencia era el Epiro, cuyo soberano Teodoro, usurpador también, fué un terrible rival del emperador Teodoro de Nicea. En el Mediodía de la Grecia formaban una tercera potencia respetable los soberanos de Naxos, Atenas y Acaya que cada día robustecieron su poder con creciente buen éxito. Finalmente quedaba como cuarta potencia la república de Venecia, cuyo interés exigía á la sazón la conservación del imperio franco.

Desde la elección del nuevo dux Pedro Ziani, proclamado en 5 de agosto de 1205, había adoptado la república de Venecia una política mas estrecha, pero mas lucrativa que la del arrojado y eminente Dándolo, y sobre todo mas en armonía con los recursos del gobierno. Flexible y condescendiente en puntos secundarios, había formado y eslabonado